

N. del D. Discurso del Sr. ERNESTO S. MAURER ante el Club Rotario de la Ciudad de México, el 15 de junio de 1982. Extractado de Temas Contemporáneos.

LOS SACADOLARES

Ernesto Maurer

Es posible que entre nosotros haya un «sacadólares» o alguien que conozca a un «sacadólares». Es posible.

Quiero hablar de ese «sacadólares».

¿Por qué la alharaca contra los «sacadólares»? ¿Por qué los estridentes ataques contra los que pusieron a salvo sus ahorros líquidos ante el vendaval del despilfarro y del déficit monstruoso del gobierno?

Es que hemos caído en la irracionalidad. Algunos medios de comunicación, muchos funcionarios e inclusive un gran número de empresarios han olvidado al maestro Aristóteles, quien proclamó, hace 2,300 años, que «la realidad existe».

La realidad, amigos, existe a pesar de la demagogia y de la conveniencia política. Y la realidad a la vista, desde hace varios años, era que nuestra inflación, cada vez más alocada, tenía que llevarnos a la devaluación traumática.

La realidad es que entre los aquí presentes nadie dudaba, desde hacía tiempo, de que la devaluación venía inexorablemente.

Pregunto entonces: ¿Podemos sinceramente culpar al «sacadólares» de haber puesto a salvo sus ahorros? ¿O cabe la reflexión de que salvó del holocausto devaluatorio aquella parte de la riqueza nacional que era su obligación personal cuidar? Hablo de su patrimonio personal. Los ahorros que el «sacadólares» cambió siguen trabajando para un mexicano y, por consiguiente, para México. Porque el patrimonio nacional es, no cabe duda, la suma de los patrimonios de los mexicanos.

Así como llamamos inversiones extranjeras las inversiones de los extranjeros en México, así debemos, llamar inversiones mexicanas las de los mexicanos en el extranjero. Los ahorros, temporalmente expatriados, siguieron siendo inversiones, patrimonio, capital mexicano.

¿Por qué sacó sus ahorros líquidos del país? Porque aquí peligraban. Los hechos confirmaron sus temores. Si no hubiera comprado dólares hubiera perdido cerca de la mitad. Ahora que la tormenta pasó, muchos ahorros vienen de regreso. Como mientras tanto los precios han subido, el «sacadólares» no ganó nada. Evitó perder.

¿Podemos honestamente decir que no hizo lo correcto? ¿O debemos decir que el «sacadólares» simplemente puso a salvo el tractor cuando se estaba quemando el garage, y ahora tiene tractor para seguir arando el campo?

Y ahora, pasada la devaluación de febrero, ¿cuál es la realidad para el ahorrador que juntó, peso sobre peso, su capital, y lo quiere conservar?

La realidad es que la inflación que padecemos devora los intereses colosales íntegramente y todavía destruye día a día una parte del capital ahorrado. En lugar de cosechar tranquilidad económica, el ahorrador sufre la destrucción de su patrimonio, el aniquilamiento de sus esperanzas de seguridad.

La realidad existe. En consecuencia, ese ciudadano, padre de familia profundamente preocupado por la tranquilidad económica de sus seres queridos, busca y encuentra que en otra moneda, legítimamente accesible, los intereses son superiores a la inflación, dejándole una utilidad real, cuando en Moneda Nacional perdería inexorablemente hasta sus ahorros. Pero, además, ese padre de familia recuerda las promesas fervorosas pero incumplidas de que no habrá devaluación, y ahora escucha los mismos timbres de voz en el sentido de que no habrá control de divisas. Así ese padre de familia, ese hombre productivo, ahorrador, previsor, entra en un terrible conflicto en el que cualquier decisión suya lo destruirá espiritual o económicamente.

Si decide mantener sus ahorros en pesos mexicanos, expone a la destrucción un patrimonio con el que quería dar seguridad a su familia. Si compra dólares y, mayormente, si los saca del país por desconfianza en las promesas de que no habrá control de cambios, se le llamará traidor a la patria, sacadólares.

Un sistema que pone al individuo en tal conflicto con sus propios valores, un sistema que convierte al ser humano en agente de su propia destrucción espiritual o económica, es un sistema inmoral e inoperante. La inflación que causó esta situación es inmoral.

La realidad existe. Consecuentemente no se gana nada con señalar con índice de fuego al ahorrador que salvó su economía dolarizándose. El no tiene la culpa de la inflación. La tiene el déficit gubernamental que, además nos ha convertido en el país más endeudado del mundo. Un campeonato mundial diabólico que éste sí lo ganamos.

Hemos consentido, aunque sea con nuestra falta de respuesta valiente, que se diga que la culpa de la debacle la tenemos todos. Mentira. No es cierto que los ahorradores, los que creamos empleos, invertimos, trabajamos, hayamos tenido la culpa. Ni yo, ni ustedes podríamos causar inflación, aunque quisiéramos. El único que la puede causar es el gobierno, con sólo inyectar dinero en exceso a la economía mediante el financiamiento de déficits a través de la imprenta. Una especie de falsificación de dinero.

Y tampoco es cierto que nuestro país sea víctima de una inflación importada. Ahora que los Estados Unidos han abatido su inflación al 6 por ciento, con la nuestra por las nubes, el argumento de la inflación importada se ha convertido de inválido en absurdo.

Por último, la falacia de que nuestra inflación se debe a la baja del precio del petróleo, cae sola. Hay países exportadores de petróleo, que no tienen nuestra tremenda inflación.

El gasto gubernamental desmedido fue la causa única de nuestro desastre.

Pero, una vez perdida de vista la realidad, un error lleva a otros. En marzo el aparato productivo sufrió un aumento salarial violento, casi por decreto, combinado con la imposición de controles de precio a 5,000 artículos, estrangulándose así a muchas empresas u obligándoseles a infringir la Ley. Así la demagogia ha logrado trasladar, en los ojos de un público casi histérico, lacerado por la carestía, la culpa de la debacle a los hombros del empresario aparentemente acaparador y hambreador. La realidad es que ese vilipendiado empresario se encuentra angustiado en las quijadas del aumento de costos, por un lado, y del control de precios por el otro. Poco falta para que se le acabe el aliento, junto con su capital de trabajo.

Estamos viendo la destrucción de miles de empresas grandes y pequeñas, víctimas de un diabólico truco de ilusionismo en el que el causante de la debacle sacrifica al empresario inocente en el altar de la conveniencia política.

No somos culpables los individuos ni de la inflación ni de la deuda pública monstruosa.

Pero sí tenemos culpa. Tenemos culpa de silencio cuando deberíamos haber manifestado nuestra inconformidad con la forma en que se estaba manejando el país. Tenemos culpa de dejar los asuntos vitales de la nación en manos de funcionarios, sin una suficiente vigilancia y participación nuestra. Tenemos culpa de no haber razonado con nuestros representantes en el Congreso. Tenemos culpa de no haber cumplido con nuestra obligación de dueños de este país y habernos contentado con un papel de párvulos bajo tutela.

Qué sucederá cuando los ciudadanos todos tomemos cartas en la buena marcha de la cosa pública. Simplemente mereceremos y tendremos un México mejor.

Cómo recuerdo una convención ciudadana en el pequeño cantón alpino de Appenzell en Suiza. Los funcionarios públicos informando a la ciudadanía desde una plataforma en el centro de la plaza. Alrededor, los ciudadanos, portando sus armas en señal de su soberanía, escuchando, interrogando, regañando y, a veces... a veces... aplaudiendo a los funcionarios. Los funcionarios: rindiendo cuentas a los ciudadanos. Estaba claro quiénes eran los dueños del país, y quiénes los empleados a sueldo, temporales, subordinados.

En nuestro México, me parece a veces que los funcionarios actúan como dueños y los ciudadanos como empleados.

Los empresarios no podemos limitarnos a constatar la realidad actual, por desastrosa que ésta se presente. Somos transformadores de la realidad. En nuestras profesiones, donde hay aridez, irrigamos; donde hay una necesidad, erigimos una fábrica o un comercio; donde hay enfermedad curamos; y donde hay desaliento, sembramos coraje. Pero siempre con el viejo Maestro Aristóteles a nuestro lado. Siempre recordando que la realidad existe.

¿Cuál es nuestra realidad?

Somos dueños de un país de 2,000,000 de Kms² Tan grande como toda Europa. Tenemos todas las riquezas minerales imaginables. Flotamos en un mar de petróleo. Producimos casi la mitad de la plata del mundo. Nuestro país es auténticamente el cuerno de la abundancia.

Nuestras costas y la riqueza de nuestra pesca son tales que los japoneses recorren muchos miles de kilómetros para echar sus redes aquí. Tenemos 3,000 Kms., de frontera con el mercado más rico del mundo. Una vez el Primer Ministro Alemán Erhard dijo que cuánto no daría Alemania por tener una frontera de 4 metros con Estados Unidos. La suficiente para que pudieran pasar los camiones cargados de productos alemanes.

Además tenemos una riqueza mayor que todas las riquezas minerales, marítimas o geográficas. Somos 70 millones de mexicanos. Decepcionados, empobrecidos, con problemas de educación, alimentación, empleo.

La lista de nuestras desgracias es larga. Pero el nuestro es un pueblo capaz de aprender. Hablo como educador. Y la capacidad de aprender es el único requisito para el triunfo.

Los mexicanos hemos aprendido que la realidad existe. No podemos soslayarla ni con triunfalismo demagógico al estilo de «nuestro único problema será la administración de la abundancia», ni con contradicciones engañosas como la del «crecimiento, aunque sea con inflación». Ambas, recuerden ustedes, fueron expresiones oficiales que ahora ya son históricas.

Y la médula, la esencia de nuestro aprendizaje es, estimados compatriotas, que después de esta segunda vez que hemos tropezado con la misma piedra, debemos abrir los ojos a la realidad. Debemos reflexionar y comprender cómo nos metimos en este lío. Luego debemos participar en la determinación del rumbo que debe tomar nuestro México.

Debemos los mexicanos ejercer como dueños capaces de crear una realidad mejor, y no prostituírnos en un servilismo indigno de ciudadanos o en lamentaciones pueriles e imponentes.

¿Cómo podemos ejercer como ciudadanos?

Antes que nada, necesitamos sentar una premisa filosófica. Si nuestra acción se asienta en bases filosóficas firmes, nos dará el triunfo. Si no, nos enredaremos en contradicciones. La base filosófica que les propongo es la que nos legó Aristóteles:

«La realidad existe. El falsearla propicia el desastre».

Consecuentemente, para ejercer como ciudadanos, debemos empezar por informarnos. Debemos estudiar, cuestionar, preguntar, y exigir respuestas.

Debemos informarnos. Una vez en posesión de la información, debemos estudiar, consultar, reflexionar para estructurar nuestra opinión personal. Este proceso permanente, laborioso, debe estar inspirado siempre en una acendrada honestidad intelectual y en una consagración personal al ideal de construir, de perfeccionar nuestra realidad nacional, el entorno de nuestra vida.

La amargura ha llevado a muchos a opinar que México está en liquidación. Esto es absurdo. México somos los mexicanos. Y entre los 30 mexicanos que alcanzó a ver desde aquí, no hay ninguno con aspecto de liquidado.

Debemos formar nuestra opinión personal, constructiva, debemos tener, cada quien, nuestra plataforma política personal en cuanto a qué conviene hacer y qué conviene dejar de hacer para mejorar nuestra realidad nacional.

Hasta aquí, mal que bien, hemos llegado ya los mexicanos. Falta lo más importante. Falta hacer que se nos oiga. Nada sucede, nada puede suceder, si nos informamos en detalle, formamos nuestra opinión personal, y luego la reservamos temerosa, cobardemente para los cuchicheos y la propagación de rumores.

José López Portillo ha dicho que él es un hombre libre. Claro. Es un mexicano. Yo también lo soy. Como tal, debo levantar mi voz.

Si nuestra calidad de dueños, ciudadanos, de este país ha de tener sentido, debemos levantar la voz. Con respeto, con cortesía, pero también con soberanía. Predicaré con el ejemplo. Desde esta tribuna, este ciudadano expresará con respeto, con soberanía.

Que estoy en desacuerdo con la política económica con la cual el gobierno se ha apoderado del 60 por ciento de la economía nacional, del 70 por ciento de la agricultura, del 65 por ciento de la distribución de alimentos, además de cines, televisoras, hoteles, restaurantes, cabarets, fábricas de coches, de bicicletas, refrigeradoras, estufas, etc. Esta política falsea la realidad y propicia el desastre.

Que estoy en desacuerdo con la magnitud del gasto público. El que el gobierno gaste más de lo que recauda, es falsear la realidad y propiciar el desastre.

Que el decretar aumentos de sueldo y controlar precios al mismo tiempo es falsear la realidad y propiciar el desastre.

Que el pensar que el mexicano seguirá siendo dócil víctima, una y otra vez, del engaño, de la corrupción, de la incompetencia, de las promesas incumplidas y de la inflación que corroe su seguridad económica, es falsear la realidad y propiciar el desastre.

Enfrentemos la realidad, rechacemos la mentira y el engaño, aprovechemos ahora si la lección que nos dio la realidad insoslayable. Informémonos como ciudadanos, esforcémonos por formar nuestra opinión como ciudadanos, y luego, tengamos el valor de ejercer como ciudadanos, como dueños de este país maravilloso y que es el nuestro.